

Historia del presente, conciencia histórica y uso público del pasado

Abdón Mateos

Universidad Nacional de Educación a Distancia

“La memoria ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas”¹

Jacques Le Goff

Hace unos años Jean F. Sirinelli planteaba las dificultades existentes para aplicar los presupuestos renovadores de las nuevas historia política y cultural al tiempo presente. Si la esencia de esos nuevos presupuestos eran categorías como cultura política y generaciones, así como el diálogo de lo político con campos de la historia como lo social y lo cultural, la proximidad cronológica y el carácter de tiempo corto que implica el tiempo presente dificultaba el avance del estado de la cuestión historiográfico².

Me parece que para resolver la cuestión de Sirinelli hay que hacer varias precisiones. En primer término, historia del tiempo presente no es equivalente a historia del pasado reciente o inmediato. A mi juicio, la historia del tiempo presente, como la historia contemporánea, estudia preferentemente procesos históricos que, aunque sean recientes, están ya cerrados o para los que existe una mínima distancia cronológica. Además, se interesa por los orígenes de ese tiempo presente desde diversas perspectivas no sólo la que atañe a *lo político* (entendido como algo más amplio, abierto al comportamiento y las representaciones), que la noción tradicional de la política. En cambio, la historia actual, a veces denominada también, historia inmediata se ocupa de procesos históricos que se están desarrollando todavía en el presente.

Los criterios de periodización de la historia del presente han partido habitualmente de acontecimientos nodales, de hechos fundadores o matrices ligados a una gran convulsión política (una guerra, una revolución...) que afectan de manera decisiva a una determinada historia nacional. No deja de resultar significativo que la noción de tiempo presente se esté desarrollando en países de Europa continental o de Iberoamérica afectados por acontecimientos que aparentemente significaron fuertes rupturas históricas. Hasta hace poco tiempo, a pesar del transcurso de más de sesenta años desde 1945, si examinamos la producción historiográfica del Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP) de París, fundado en 1978 como continuación del Comité de estudios de la segunda guerra mundial en Francia, veríamos un predominio de los contenidos referidos a temas como la resistencia o el colaboracionismo al nazismo. De hecho, más de la mitad de los cuadernos monográficos del IHTP publicados durante la década pasada siguieron dominados por estas problemáticas. No sólo la historiografía “presentista” francesa está todavía muy marcada por la ruptura de la guerra mundial sino que éste es un tema de consumo inmediato de la sociedad a través de los medios de comunicación e, incluso, la justicia.

Nada parecido existe, en cambio, en el Reino Unido o los Estados Unidos de América, donde la fundación de la modernidad se aleja en el tiempo hasta el siglo XVII o XVIII. En todo caso, la noción de tiempo presente equivale en estas naciones a la de historia contemporánea, a la historia del siglo XX. En los años sesenta, Geoffrey Barraclough escribió *Una introducción a la historia*

1. *El orden de la memoria*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 134.

2. Véase “Le retour du politique”, *Écrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS, 1993, pp. 263-274.

contemporánea, en la que definía la contemporaneidad como un proceso histórico, sin una frontera cronológica clara, iniciado en la época de los imperialismos después de la retirada de Bismarck y que llegaba hasta sus días, al momento de la presidencia de Kennedy³. En otras palabras, Barraclough definía el inicio de la contemporaneidad, del tiempo presente, a partir del momento en que los problemas actuales salían por primera vez a escena. Más recientemente Eric Hobsbawm ha definido a la Primera Guerra Mundial o incluso a la etapa del imperialismo (1870-1914) como un tiempo de frontera entre la historia y la memoria. En efecto, la memoria familiar de Hobsbawm está asociada a ese tiempo del imperio austro-húngaro y, además, destacaba el hecho de que los principales personajes históricos protagonistas del siglo XX (Stalin, Churchill, Hitler...) hubieran nacido durante la era del imperialismo. De este modo, la periodización del tiempo presente parte no sólo de acontecimientos matrices sino del estudio del proceso histórico definido por los orígenes de nuestros días (estudio que atañe a todas las perspectivas no sólo a la política).

Sin embargo, me parece que la clave para aplicar los presupuestos teóricos de la nueva historia política al tiempo presente reside en la noción de memoria colectiva. A mi juicio, la noción “halbawchsiana” de memoria colectiva⁴, en su acepción de memoria histórica colectiva de las organizaciones y asociaciones humanas, resulta asimismo decisiva para la periodización de la historia del tiempo presente⁵.

No voy a entrar en la problemática de la historiografía, iniciada por Pierre Nora⁶, sobre los *lugares de la memoria*, estrechamente asociada a la noción de memoria de la sociedad, o memoria social, pero también a la noción de memoria oficial y política de la memoria⁷. Me parece que el análisis de la memoria social y de la política conmemorativa tiene más interés para el estudio de temas como la construcción de una identidad nacional o, en todo caso, para el análisis de la propaganda y/o política cultural ligada a la acción de gobierno⁸.

Para Nora existe una “íntima relación a establecer entre la historiografía, el patrimonio, la política, las singularidades, los modelos sociales, los lugares de memoria y la representación del espacio”⁹.

La institucionalización de la historiografía del Tiempo Presente en España

Ejemplos de historiografías nacionales directamente influidas por las líneas de investigación del equipo de Nora, en torno a lugares de encuentro como la revista *Le Debat*, son las historiografías de Bélgica, México, España y, en menor medida, algunos estados poscomunistas del este de Europa. Como ironiza el propio Pierre Nora, los países latinos serían aficionados a la memoria histórica gracias a una tradición de la memoria frente a la existencia de una memoria de la tradición en los países anglosajones. En torno a la caída del Muro de Berlín en 1989, en varios

3. Londres, Penguin, 1965. (En castellano, Madrid, Gredos, varias ediciones).

4. HALBWACHS, M., *On Collective Memory*, Introduction by Lewis A. Coser, Chicago, Chicago University Press, 1992 (ed. original póstuma en inglés, Nueva York, 1950).

5. Véase MATEOS, A., “La contemporaneidad de las izquierdas españolas y las fuentes de la memoria”, en ALTED, A. (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, Madrid, UNED, 1996.

6. Véase la introducción “Entre mémoire et histoire” en NORA P. (dir.), *Les lieux de mémoire. I. La République*, Paris, Gallimard, 1984. Sobre la memoria social, véase CUESTA, J., *Historia del presente*, Madrid, EUDOMA, 1993. Entre las monografías de sociólogos sobre la evolución generacional de la conciencia histórica de la sociedad se pueden citar: LOWENTHAL, D., *The Past is a Foreign Country*, Cambridge University Press, 1985; y CONNERTON, P., *How Societies Remember*, Cambridge University Press, 1989.

7. Un ejemplo de utilización de la noción de política de la memoria conmemorativa en los comienzos de la IV República francesa tras la segunda guerra mundial en NAMER, G., *Mémoire et société*, París, Meridien, 1987.

8. En España la historiografía sobre los lugares de memoria es bastante reciente. Un estudio pionero fue el de Daniel Sueiro sobre la historia del monumento del Valle de los Caídos durante la guerra civil. Para el primer franquismo resultan de gran interés las actas del coloquio, coordinado por SERRANO, C., *Imaginaires et symboliques du franquisme*, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 24, 1996. Véase, además, Juan José Carreras y Carlos Forcadell (eds.), *Usos públicos de la Historia*, Madrid, M. Pons, 2004.

9. Véase el número monográfico de *Le Debat*, 78, enero-febrero 1994, p. 188.

países del Este de Europa se ha producido una eclosión de estudios sobre el retorno de la memoria histórica previa a la soviétización.

Como es conocido, la institucionalización de la Historia del Presente e, incluso, la Historia Contemporánea en España es reciente. Hasta los años ochenta no se dotaron la mayoría de las cátedras de Historia Contemporánea o las primeras revistas especializadas. A comienzos de los años noventa se crearon nuevas asignaturas con la denominación de *Historia del mundo actual* o *España actual* en las facultades de Historia y Ciencias de la Información, con cortes en la segunda guerra mundial o la guerra civil. Las dos principales asociaciones y revistas de los contemporaneístas y “presentistas” españoles cuentan con apenas quince y cinco años, respectivamente. Mientras que la revista *Ayer* apareció en 1990 y el primer Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea es de 1992, los primeros pasos de la Asociación de Historiadores del Presente son del año 2000 y el primer número de la revista *Historia del Presente* apareció en el 2002.

No existen centros de investigación especializados en el corto siglo XX español, entendido como el abierto con la crisis de los años treinta. El propósito gubernamental de crear un centro de estudios, con la ambigua denominación de la “memoria compartida”, ligado al Archivo de la Guerra Civil todavía no ha pasado de propósito. Únicamente, durante los últimos cinco años se han constituido centros y grupos de estudio ligados a Departamentos de Historia Contemporánea en Madrid, Barcelona, Almería, Alicante o Cádiz. Entre ellos podemos destacar el Centro de Estudios del Franquismo y la Democracia de la Universidad Autónoma de Barcelona, la cátedra Memoria histórica del siglo XX o el Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española de la Universidad Nacional a Distancia.

En realidad, ahora existe un debate soterrado sobre la conveniencia de constituir la Historia del Presente como nueva área de conocimiento historiográfica más que como nueva disciplina. Lo primero significaría segregar la Historia del Presente del área de Historia Contemporánea con un corte convencional como se hizo en su día con la propia área de Historia Contemporánea, datándola en la revolución francesa. Este corte podría situarse en torno a la segunda guerra mundial o, también, podría llevar a separar en dos áreas de conocimiento diferentes el largo siglo XIX del corto siglo XX.

Otra tendencia es la que quiere que la Historia del Presente sea una nueva disciplina que forme parte de las Ciencias Sociales más que de las Humanidades, que incluya una mayor interdisciplinariedad e incluso análisis prospectivos. Me parece que la línea que tiene más posibilidades de imponerse es la primera pues, además de establecer cortes históricos convencionales, reconoce una realidad innegable que es la imposibilidad de dominar un área de conocimiento historiográfico tan extensa en el tiempo y en los espacios.

Tiempo presente, experiencia vivida y conciencia histórica

Para Francois Bedarida la noción de tiempo presente equivale al tiempo de la experiencia vivida¹⁰ por las diversas generaciones que coexisten en un determinado momento histórico. La experiencia vivida no sólo atañe a lo que los sujetos han conocido directamente, la memoria autobiográfica, sino que una parte fundamental de esa experiencia la recibe el individuo como miembro de diversos grupos sociales de pertenencia y de referencia (a los que le gustaría pertenecer). No se trata simplemente de una tradición, de una invención del pasado, como diría Hobsbawm, sino de la coexistencia de diversas memorias colectivas. El afiliado de asociaciones, de partidos o de familias políticas pertenece también a un determinado grupo generacional cuyos héroes consagrados, lectura de textos canónicos, lenguaje y sociabilidad le distingue de otros grupos de la misma colectividad. Es decir, ese miembro de un determinado partido político comparte una memoria específica con otros militantes de su mismo grupo generacional. Esa memoria común es un componente de la cultura política. Esto significa que dentro de una misma formación o, más

10. Conferencia “L’Institut d’Histoire du Temps Présent. Origines, trajectoire et signification”, Seminario Internacional Complutense *Historia del Presente. Un nuevo horizonte de la Historiografía contemporaneísta*, Madrid, octubre 1997.

amplio, familia política pueden coexistir diversas culturas políticas atendiendo no sólo a la extracción social, la fracción o a la ideología, sino a la pertenencia a diversos grupos generacionales.

Tanto Serge Berstein como Jean F. Sirinelli han otorgado un papel esencial a los “recuerdos históricos comunes” o a la “memoria específica” en la definición de las culturas políticas¹¹. Para la nueva escuela de historia política francesa el estudio de las culturas políticas supone sobre todo reconstruir la historia de la memoria. Se trata de abordar la memoria autobiográfica no sólo como fuente sino como objeto de investigación en sí mismo, es decir, de hacer una historia de la memoria colectiva. Uno de los inconvenientes del uso de la noción de cultura política es su habitual asimilación a la de familia política. Por el contrario, me parece que poco avanzaremos si equiparamos ambas nociones. Por ejemplo, Serge Berstein o Annie Kriegel tienden a asimilar ambas categorías en sus trabajos sobre las familias y culturas comunista o republicana radical. En cambio, creo que se pueden elaborar tipos ideales de culturas políticas que coexisten en el seno de una misma familia política.

Por otra parte, como ha destacado Ricoeur, el historiador es una parte de la producción, de la construcción de la conciencia histórica¹². Un texto historiográfico puede convertirse en ciertas circunstancias, algo especiales, hay que reconocerlo-, en un texto canónico, en un libro de cabecera de uno o varios grupos generacionales de una familia política u otros colectivos. En este sentido, el veterano *annalista* Jacques Le Goff ha destacado cómo la “memoria, por lo que atañe a la historia, que a su vez la alimenta, apunta a salvar el pasado sólo para servir al presente y al futuro¹³.

La memoria individual autobiográfica se alimenta de la conciencia histórica de la colectividad. Además de la condición de alimento mutuo existente entre las memorias individual y colectiva, la segunda es capaz de generar procesos de revisión autobiográficos, de modificación del recuerdo de la experiencia vivida. A este respecto, puedo traer a colación el ejemplo de la biografía de Aurora Arnáiz Amigó. Esta profesora de Teoría del Estado de la Universidad Autónoma de México, nacida en Vizcaya, fue durante los años treinta directiva de las Juventudes Socialistas. El drama de la guerra civil en la que perdió a su hijo y a su marido, José Cazorla, gobernador de Guadalajara y miembro del Comité Central del PCE, le condujo a un apartamiento de su grupo generacional de pertenencia dentro de la JSU. Un desarraigo agravado por el exilio en México y el inicio de una nueva vida personal y profesional. El efecto *life review* que se produce a partir de cierta edad le llevó a una parcial superación de la afasia de su juventud republicana. Sin embargo, Aurora Arnáiz únicamente ha podido reconstruir ese trazo de su memoria autobiográfica mediante conversaciones con otros antiguos miembros de las JJ.SS de preguerra en España como, entre otros, Francisco López Real¹⁴. En este caso, la memoria de la experiencia vivida estaba sepultada por el dramatismo de su experiencia de 1939. Apenas existía un antes o un después inmediato.

Un problema que puede plantearse es la distinción conceptual entre memoria colectiva y política de la memoria o, en otros términos, los injertos de memoria conmemorativos. Como ha puesto de manifiesto Angelo Pannebianco¹⁵, la identidad de los miembros de una formación política está estrechamente asociada a las fundaciones, refundaciones o reestructuraciones de los mismos. Es decir, se trata de averiguar hasta qué punto la memoria colectiva tiene su principal basamento en el uso público del pasado y en la política o es algo relativamente independiente de la misma.

Diversos sociólogos como Barry Schwartz o Gerard Namer han insistido en el carácter selectivo de la memoria colectiva de las organizaciones. Además de mostrar falsas continuidades, la selección de hechos y personajes del pasado permite asegurar la identidad del grupo, descartando lo que no resulta coherente con el presente de una formación.

11. Véanse BERNSTEIN, S., “Les partis”, en REMOND, R., *Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1985, pp. 80-82, y SIRINELLI, J. F., “El retorno de lo político”, *Historia Contemporánea*, 9, 1993, pp. 30-31.

12. Véase su contribución en *Écrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS, 1993, pp.35-42.

13. *El orden de la memoria*, p. 183.

14. Testimonios personales, Madrid, septiembre de 1994 y México, octubre de 1995. Véase, también, ARNÁIZ, A., *Retrato hablado de Luisa Julián. Memorias de una guerra*, Madrid, Compañía Literaria, 1996.

15. *Modelos de partido*, Madrid, Alianza, 1990.

A mi juicio, al margen de los injertos de memoria oficial coexisten diversas memorias colectivas y, por tanto, culturas políticas. Para ello resulta decisivo el concepto de memoria dominante y memoria hegemónica¹⁶. La política conmemorativa del grupo dirigente dominante puede ser incongruente con la memoria hegemónica de uno o varios grupos generacionales de la organización de la base de una formación política. Es decir, por muchos injertos conmemorativos que se realicen sobre políticos como Antonio Cánovas del Castillo, Adolfo Suárez o Manuel Azaña, la memoria hegemónica dentro del actual Partido Popular seguramente está más estrechamente ligada, y puede resultar contradictoria, con la vinculada a la trayectoria política, presuntamente reformista sin solución de continuidad, de Manuel Fraga desde 1962. A menudo, esta contradicción entre la memoria oficial dominante y la hegemónica en el seno de una organización política o sindical suele producirse en los momentos de crisis interna y refundación.

Un ejemplo interesante fue la situación que se produjo en el seno del PCE a partir de la condena de la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968 y la definición de la estrategia eurocomunista. Esta estrategia conllevaba un pase a segundo plano de la experiencia del protagonismo del PCE en la guerra civil y la resistencia guerrillera. En 1974, un veterano de la guerra en el Norte, Juan Ambou, se quejaba no sólo de las nuevas relaciones con la URSS sino sobre todo del enmascaramiento de la experiencia de la guerra civil, definida todavía por la vieja guardia como guerra popular de liberación nacional, y del abandono de la conmemoración de la defensa de Madrid en 1936¹⁷. Posiblemente, hacia los años setenta no existía una fuerte contradicción entre las memorias dominante y hegemónica comunistas pero, sin duda, el enmascaramiento y el abandono de los eventos sobre la guerra civil dentro de la política cultural del PCE fue un importante factor desencadenante de las diversas fracturas prosoviéticas.

Como ha puesto de manifiesto Jon Juaristi¹⁸, el universo de lo simbólico, de la memoria histórica colectiva, tiene todavía más importancia en el seno de familias políticas como las nacionalistas democráticas o la socialista, donde no existe ya un fuerte debate ideológico. A menudo el presidente del PSOE, Ramón Rubial, y el denominado sector *guerrista*, han definido al socialismo no sólo como una ideología sino como un sentimiento, una determinada apelación a historias del pasado, a héroes consagrados y momentos estelares. En el refundado PSOE de posguerra no fue casual la constante invocación de Pablo Iglesias, que intentaba sepultar la experiencia y la memoria sobre los dirigentes de la guerra civil, en primer lugar al doctor Juan Negrín. Después de 1944, las diversas antiguas tendencias socialistas, recién aglutinadas, olvidaron la conmemoración de la victoria del Frente Popular de febrero de 1936 e incluso relegaron a un discreto segundo plano a la de Octubre de 1934 para insistir, en cambio, en el aniversario de la muerte de Pablo Iglesias o de la proclamación de la Segunda República.

Para finalizar, quizá convenga insistir sobre el concepto de *memoria colectiva*. Sobre todo resulta necesario diferenciarlo respecto a la noción de *depósitos de memoria*. Cada grupo y organización posee diversos depósitos de memoria. Sin embargo, la memoria colectiva se refiere sólo a aquellos hechos, ideas y personajes del pasado que tienen influencia en el presente o durante un periodo concreto de la trayectoria de esa agrupación.

Cabe explicarlo con un ejemplo. Sin duda, la figura del “apóstol” laico, del “abuelo” fundador de los socialistas, Pablo Iglesias, resulta uno de los personajes más importantes dentro de los *depósitos de memoria* de las organizaciones socialistas. La apelación a la memoria de Iglesias tuvo un significado decisivo en la trayectoria de los socialistas entre 1925 y 1979, en la memoria colectiva de las diversas generaciones militantes que coexistían en un momento dado de esos cincuenta años. Sin embargo, para la trayectoria posterior de los socialistas ha resultado más significativa la apelación a las experiencias de exilio y clandestinidad, culminadas en el último Congreso del partido socialista en el exilio en la localidad francesa de Suresnes en octubre de 1974. Esas experiencias eran más congruentes para un periodo de aglutinamiento de buena parte de la izquierda antifranquista en

16. Para estas nociones, véase AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido de la guerra civil*, Madrid, Alianza, 1996.

17. AMBOU, J., *Los comunistas en la resistencia nacional republicana*, Madrid, Hispanoamericana, 1978, pp. 320-326.

18. *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.

el seno de las siglas centenarias que la conmemoración de la personalidad de Pablo Iglesias. Las experiencias de exilio/ clandestinidad se focalizaron en Suresnes porque este acontecimiento “refundacional” coincidía con la definición de un nuevo liderazgo que permitía que no existieran contradicciones entre la política de la memoria de la dirección socialista, la memoria dominante, y las diversas experiencias antifranquistas, en su mayoría fuera del PSOE y de la UGT, de los nuevos cuadros militantes de las organizaciones. Además, esa reiteración de Suresnes suponía, en buena medida, la cristalización simbólica de la generación antifranquista de 1956-1968 en torno a una conciencia histórica común, se hubiera vivido o no directamente el Congreso.

Pese a lo señalado, las nuevas tendencias del género biográfico, influidas por Chartier y Le Goff, tienden a ampliar el tiempo de la reconstrucción biográfica al período en que persiste la memoria autobiográfica, además de la memoria colectiva, de los otros sobre el personaje objeto de la investigación. Es decir, una hipotética biografía de Pablo Iglesias podría incluir un capítulo sobre la memoria de sus coetáneos. La tercera generación de socialistas nacidos en torno a 1910 tuvieron experiencia directa, en el momento de su definición como colectivo, de los últimos años de vida de “el Abuelo”. Uno de sus más estrechos colaboradores durante el primer cuarto del siglo XX, Andrés Saborit, murió nada menos que en 1980. Hoy en día, todavía viven algunos representantes cualificados de esa tercera generación de socialistas, por lo que se podría decir metafóricamente que la figura del “apóstol” laico socialista no ha sido definitivamente enterrada a pesar del transcurso de más de ochenta años desde su muerte. Algo parecido se podría señalar sobre la memoria acerca del estadista y político conservador Antonio Maura. ¿Significa esto que el tiempo presente se puede dilatar todavía al momento de la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)? Seguramente, además, algunas fuentes primarias diplomáticas o militares no son todavía accesibles para acontecimientos anteriores al periodo republicano y éste es otro de los criterios para delimitar el tiempo presente. De todas maneras, el tiempo posterior de la segunda república y de la ruptura histórica de la guerra civil todavía produce memoria autobiográfica y literatura histórica, pero esa experiencia tiene ya un peso relativamente reducido en la conciencia histórica en la actualidad a diferencia de lo ocurrido durante la transición democrática de los años setenta. Algo parecido se podría decir del México de la revolución y de su diferencia respecto a influencia en el presente de momentos posteriores, como la era del presidente Cárdenas y, sobre todo, de la crisis asociada con los sucesos de Tlatelolco de 1968.

El tiempo matriz de la España del Presente

Para el caso de España hay una discusión interesante en torno a qué momento datar el acontecimiento matriz del tiempo presente. Julio Aróstegui, autor del libro *La historia vivida* se ha pronunciado en varias ocasiones al tiempo de la transición democrática, una vez muerto Franco, es decir hace más de treinta años, como el momento matriz de la España del Presente¹⁹. Sí, además, entendiéramos el cambio político posfranquista como un proceso ampliaríamos la cronología hasta los años sesenta. El desarrollo económico y los cambios sociales acaecidos desde 1962 formarían parte de la pretransición necesaria para entender el cambio político de la segunda mitad de los años setenta. Los orígenes de la España democrática estarían, por tanto, en un complejo proceso histórico desarrollado una vez desaparecidas las consecuencias más directas de la guerra civil, de represión, exilio, aislamiento internacional o atraso económico-social.

Ahora bien, esto no quiere decir, como destacan lecturas políticas revisionistas, que Franco fue el “patriarca” que facilitó la construcción de una democracia occidental. Este revisionismo mediático responde, quizá, a que existe una memoria silenciada profranquista entre la derecha española a lo largo de los años de monarquía democrática.

Sin embargo, también desde los últimos años, sobre todo desde la última legislatura de gobierno del Partido Popular, la legislatura con mayoría absoluta entre 2000 y 2004, ha habido una eclosión de movimientos por la “memoria histórica”, impulsados por una generación de “nietos de la guerra” pero, al mismo tiempo, alentados por políticos de Izquierda Unida y de los nacionalismos periféricos. Es decir, parece que frente al “pacto de silencio” de la transición en torno a las

19. Madrid, Alianza, 2004.

responsabilidades de la dictadura y sus víctimas, ese pasado de violencias en torno a la guerra civil no termina de pasar.

Esto nos llevaría de nuevo a replantear la época de la transición como matriz del tiempo presente, de nuestro tiempo. Por un lado, parece que lo que está en juego es una crítica de la generación de los “nietos de la guerra civil” y, políticamente, de los nacionalismos periféricos y de la izquierda radical, hacia los presuntos abandonos ideológicos y componendas políticas durante la transición que permitiría justificar toda la discusión actual en torno a Estado y Nación en España.

Otra lectura nos llevaría a afirmar que el tiempo de la guerra civil sigue siendo la matriz de nuestro tiempo presente, en la medida de que sigue formando parte decisiva de la conciencia colectiva de los españoles. Quizá la preparación actual de una legislación que conmemore y compense a las víctimas del franquismo permita el definitivo pase a la historia de ese triste pasado del que ahora se conmemora el setenta aniversario.

Además, la existencia de un duelo conmemorativo, reparaciones económicas e imposibilidad de una justicia retrospectiva en torno a la guerra civil y sus consecuencias supondrán, en un plazo breve, el desplazamiento de la matriz de la España del presente al momento del cambio político tras la dictadura franquista.

A modo de conclusión, se puede señalar que la noción de *conciencia histórica* o, con otros términos, *memoria colectiva hegemónica*, y no sólo la noción de experiencia vivida resulta decisiva para delimitar el tiempo presente. La fuente oral resulta una excelente vía de acceso a las nociones de conciencia histórica y cultura política en la historia del tiempo presente. Su importancia se acrecienta en la medida en que el pasado reciente no haya cristalizado todavía como memoria autobiográfica. La debilidad de la literatura autobiográfica para el tiempo más inmediato solamente puede suplirse con la fuente oral. Acceder a la experiencia vivida autobiográfica y colectiva de un miembro de un grupo social o asociación humana en el tiempo presente depende, en buena medida, del recurso a la fuente oral. El estudio de la política de la memoria, de las conmemoraciones, puede darnos pistas sobre la existencia de una determinada memoria dominante en el seno de un partido político, pero puede que no nos desvele cómo los diversos colectivos generacionales han vivido ese injerto de conciencia histórica. Hay que tener en cuenta, además, que las generaciones resultan más permeables a los injertos de conciencia histórica en el momento de su configuración, es decir, de su formación como colectivo generacional.

En suma, el concepto de conciencia histórica permite la aplicación a la reconstrucción del pasado de los nuevos supuestos de la historia política y cultural, en especial, las categorías de cultura política y generación, así como facilita el diálogo entre los campos historiográficos en la historia en el tiempo presente.

